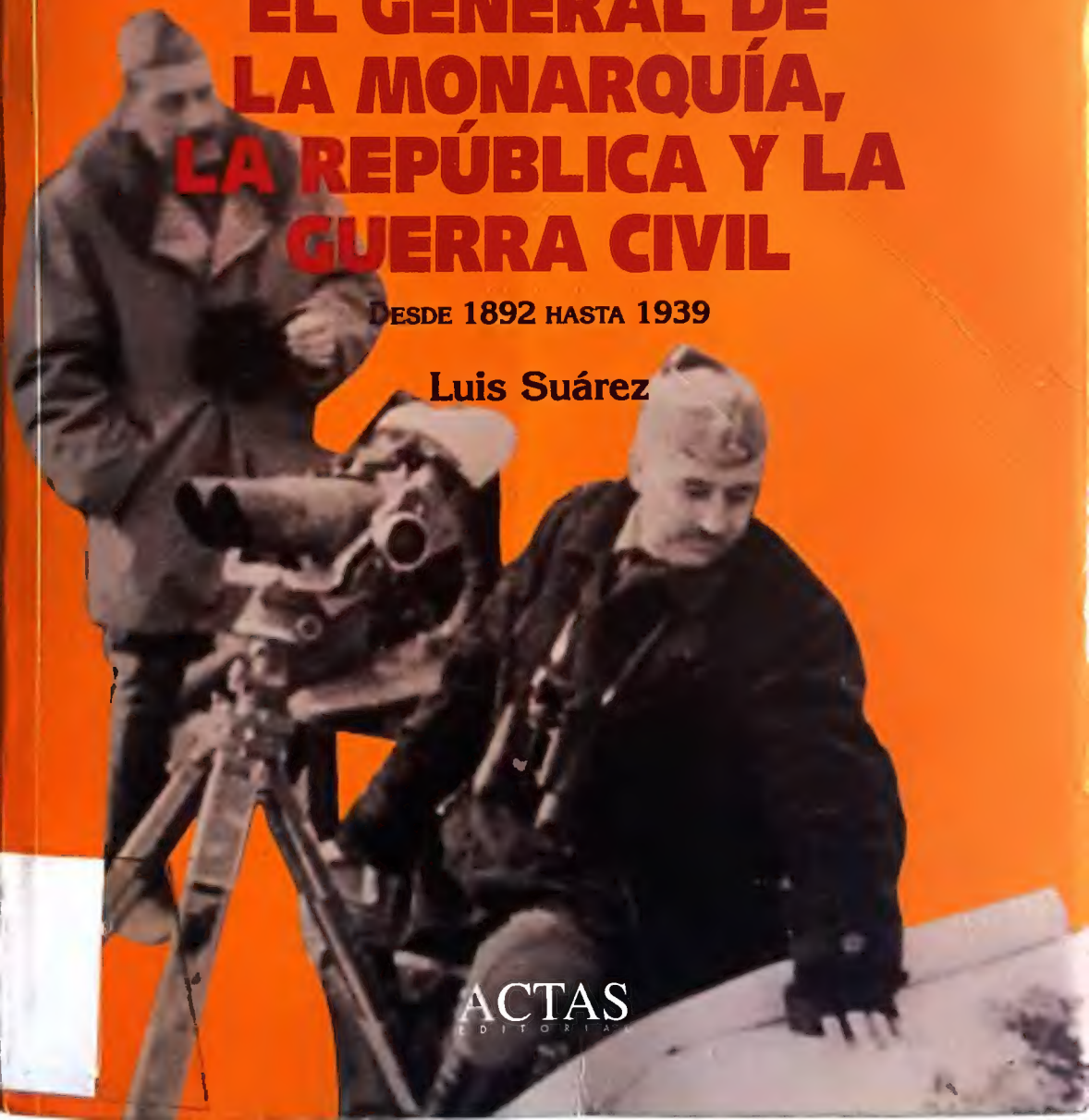
# FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

## EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

**Luis Suárez Fernández,** nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

# FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

**Plan general de la obra:**

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

# FRANCO:
# CRÓNICA DE UN TIEMPO

## EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
## Desde 1892 hasta 1939

# ÍNDICE

Página

**Nota previa** ..... 13
**Introducción general. Franco, crónica de un tiempo** ..... 15

**PRIMERA PARTE**
**FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA**

**Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino** ..... 49
I. El linaje de Franco ..... 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX ..... 54
III. Divisiones ideológicas ..... 59
IV. 1898 ..... 63
V. La aparición de los separatismos ..... 68

**Capítulo 2. La llamada de África** ..... 74
I. Origen de la cuestión marroquí ..... 74
II. La Academia de Infantería ..... 77
III. La Semana Trágica de Barcelona ..... 78
IV. El segundo teniente ..... 83
V. Marruecos, al fin ..... 85
VI. El teniente de Regulares ..... 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* ..... 91

**Capítulo 3. 1917** ..... 95
I. Oviedo ..... 95
II. Trasfondos doctrinales ..... 98
III. Los mecanismos de la revuelta ..... 101
IV. El comandante Franco y la revolución ..... 108

**Capítulo 4. Diario de una bandera** ..... 112
I. La primera idea de la Legión ..... 112
II. Dar Riffien ..... 117
III. De Uad Lau a Xauen ..... 121
IV. Annual ..... 125
V. Dar Drius ..... 127

**Capítulo 5. El camino de Alhucemas** ..... 131
I. El fin de la Restauración ..... 131
II. Franco, al frente de la Legión ..... 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera ..... 140

IV. La hora sombría de Xauen ..... 143
V. Alhucemas ..... 147

**Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza** ..... 154
I. El general más joven de Europa ..... 154
II. El nombramiento de director de la Academia ..... 158
III. El fin de la Dictadura ..... 163
IV. El «error Berenguer» ..... 167

**Capítulo 7. 1931** ..... 173
I. Franco y el 14 de abril ..... 173
II. Antimilitarismo ..... 178
III. Anticlericalismo ..... 182
IV. Cierre de la Academia General ..... 188

**Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica** ..... 191
I. La declaración ante el comité del Congreso ..... 191
II. La Constitución de 1931 ..... 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo ..... 202
IV. La Comandancia General de Baleares ..... 208

**Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo** ..... 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia ..... 213
II. La doctrina falangista ..... 218
III. Victoria electoral de la CEDA ..... 222
IV. Ascenso a general de División ..... 227

**Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre** ..... 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista ..... 233
II. La toma de decisión ..... 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra ..... 240
IV. Las consecuencias ..... 245

**Capítulo 11. Reorganizar el Ejército** ..... 249
I. La evolución falangista ..... 249
II. Franco, jefe del Ejército de África ..... 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor ..... 255
IV. El fin de Lerroux ..... 261

**Capítulo 12. La tentación resistida** ..... 265
I. Diciembre, 1935 ..... 265
II. Las opciones preelectorales ..... 268
III. El resultado de la votación ..... 273
IV. Cinco días de febrero ..... 276

## SEGUNDA PARTE
## GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO


**Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento** ..... 285
I. El fin de Alcalá Zamora ..... 285
II. La candidatura por Cuenca ..... 290
III. Los antecedentes de la conspiración ..... 294

**Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón** ..... 301
I. La carta a Casares Quiroga ..... 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados ..... 307
III. Galicia saluda a Francia ..... 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general ..... 315

**Capítulo 15. Internacionalización del conflicto** ..... 320
I. Cuatro días de julio ..... 320
II. Equilibrio de fuerzas ..... 327
III. La búsqueda de mercados ..... 330
IV. El «pecado original» de Franco ..... 335
V. La posición ideológica inicial de Franco ..... 339

**Capítulo 16. Cruzar el Estrecho** ..... 343
I. La firme decisión ..... 343
II. Por aire y por mar ..... 345
III. Los barcos que la cruzaron ..... 349
IV. De Sevilla a Talavera ..... 352

**Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado** ..... 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento ..... 361
II. La caída de Talavera produce cambios ..... 366
III. Hora de decisiones ..... 371
IV. El Decreto ..... 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo ..... 380

**Capítulo 18. Los cambios políticos internos** ..... 385
I. El ascenso de los totalitarios ..... 385
II. Salamanca, Cuartel General ..... 388
III. Salvar a José Antonio ..... 392
IV. La difícil cuestión vasca ..... 399
V. Don Miguel de Unamuno ..... 403

**Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida** ..... 408
I. El proyecto de No Intervención ..... 408
II. La marcha sobre Madrid ..... 412
III. El asalto a Madrid ..... 417

**Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia** ..... 423
I. La idea de enviar «voluntarios» ..... 423
II. La muerte de José Antonio ..... 426
III. El acuerdo hispano-italiano ..... 429
IV. Batallas en torno a Madrid ..... 432
V. Las gestiones del doctor Junod ..... 437

**Capítulo 21. Del altar y del trono** ..... 441
I. La actitud inicial del Vaticano ..... 441
II. Las primeras gestiones de Gomá ..... 445
III. Masonería ..... 448
IV. Perspectivas de restauración ..... 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención ..... 454

**Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia** ..... 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire ..... 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso ..... 458
III. De nuevo la No Intervención ..... 462

**Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política** ..... 466
I. Rumores salmantinos ..... 466
II. *Mit brennender Sorge* ..... 470
III. El Decreto comienza a gestarse ..... 474
IV. Tres noches de abril ..... 477
V. Prisión de Manuel Hedilla ..... 482
VI. Proceso y sentencia ..... 485

**Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica** 491
I. Los voluntarios vasco-navarros ..... 491
II. La Cuaresma de España ..... 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya ..... 500
IV. El bombardeo de Guernica ..... 503
V. Las concesiones de Franco ..... 506
VI. Gomá y Pizzardo ..... 510

**Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio** ..... 513
I. Los obispos deben pronunciarse ..... 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola ..... 515
III. Incidentes internacionales ..... 519
IV. Al fin, Bilbao ..... 522
V. El Vaticano reconoce a Franco ..... 526

**Capítulo 26. La decisión de Brunete** ..... 534
I. Eliminación del POUM ..... 534
II. *Animal Farm* ..... 536
III. ¿Victoria o derrota? ..... 539

IV. La consecuencia: Santander ..... 542
V. Belchite ..... 545
VI. El final del frente Norte ..... 547

**Capítulo 27. Construir el Movimiento** ..... 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica ..... 550
II. El anuncio de la Monarquía ..... 553
III. Los Estatutos del Movimiento ..... 557
IV. Las dificultades internas ..... 561

**Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich** ..... 566
I. ¿Beligerancia? ..... 566
II. La conferencia de Nyon ..... 569
III. Alemania presenta sus demandas ..... 572
IV. El proyecto Montana ..... 575

**Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma** ..... 580
I. Consejo Nacional del Movimiento ..... 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel ..... 585
III. En las horas bajas ..... 589
IV. La ruptura con la Hisma ..... 591

**Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura** ..... 594
I. El Consejo de Ministros ..... 594
II. Las primeras acciones del Consejo ..... 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer ..... 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano ..... 605
V. El fracaso de Manuel Irujo ..... 609

**Capítnlo 31. Mare Nostrum** ..... 613
I. La decisión de febrero ..... 613
II. El Fuero del Trabajo ..... 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general ..... 620
IV. La batalla de Aragón ..... 622

**Capítulo 32. Final del Proyecto Montana** ..... 627
I. Las decisiones de Negrín ..... 627
II. Dirigismo estatal deliberado ..... 630
III. De nuevo el freno en los avances ..... 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana ..... 637
V. La ley de Minas ..... 643

**Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich** ..... 646
I. Los planteamientos militares ..... 646
II. El estancamiento ..... 650
III. La crisis sudete ..... 653
IV. La victoria en el Ebro ..... 658

**Capítulo 34. Barcelona** ..... 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich ..... 662
II. Los últimos esfuerzos de paz ..... 666
III. El avance hasta Barcelona ..... 669
IV. El final del Régimen Republicano ..... 675

**Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid** ..... 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern ..... 678
II. Proyectos para una capitulación ..... 681
III. Los cuatro días de marzo ..... 688
IV. La liquidación de la guerra ..... 690

**Notas**
Notas al Capítulo 1 ..... 694
Notas al Capítulo 2 ..... 697
Notas al Capítulo 3 ..... 701
Notas al Capítulo 4 ..... 703
Notas al Capítulo 5 ..... 705
Notas al Capítulo 6 ..... 708
Notas al Capítulo 7 ..... 709
Notas al Capítulo 8 ..... 713
Notas al Capítulo 9 ..... 716
Notas al Capítulo 10 ..... 719
Notas al Capítulo 11 ..... 721
Notas al Capítulo 12 ..... 723
Notas al Capítulo 13 ..... 725
Notas al Capítulo 14 ..... 729
Notas al Capítulo 15 ..... 732
Notas al Capítulo 16 ..... 736
Notas al Capítulo 17 ..... 739
Notas al Capítulo 18 ..... 743
Notas al Capítulo 19 ..... 747
Notas al Capítulo 20 ..... 749
Notas al Capítulo 21 ..... 751
Notas al Capítulo 22 ..... 753
Notas al Capítulo 23 ..... 755
Notas al Capítulo 24 ..... 760
Notas al Capítulo 25 ..... 764
Notas al Capítulo 26 ..... 768
Notas al Capítulo 27 ..... 769
Notas al Capítulo 28 ..... 771
Notas al Capítulo 29 ..... 773
Notas al Capítulo 30 ..... 775
Notas al Capítulo 31 ..... 779
Notas al Capítulo 32 ..... 781
Notas al Capítulo 33 ..... 783
Notas al Capítulo 34 ..... 785
Notas al Capítulo 35 ..... 787

## NOTA PREVIA.

*Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.*

*Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.*

*Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.*

*Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.*

***L.S.F.***

# SEGUNDA PARTE

# GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 28

# MINAS, SUBMARINOS, AVIONES: LA FUENTE DE CONFLICTO CON EL III REICH.

## I. ¿BELIGERANCIA?

**1.** Muchas cosas cambiaron después de la conquista de Bilbao. Aunque se hubiesen retirado de las patrullas marítimas, alegando los daños a sus buques que no habían sido reparados, Alemania e Italia decidieron permanecer en el Comité de No Intervención, demostrando que compartían con los británicos al menos esta oportunidad de diálogo sobre la espinosa cuestión española. Todavía era general el sentimiento de que había que impedir o, al menos, retrasar el conflicto europeo. Los dirigentes del III Reich pensaban, por su parte, que Franco, después de sus victorias en el norte y en Brunete –tal vez también en Belchite– estaba en condiciones de concluir victoriosamente la guerra de una vez y se prepararon a disminuir los suministros. No se trataba de retirar la Legión Cóndor, ni mucho menos; en esta fase de las hostilidades, hasta octubre, alcanzado un altísimo grado de eficacia –disponía de tres escuadrillas de combate K-88, otras tres de caza He-51, Bf-109 y Hs-123, y un grupo de observación–, estaba obteniendo experiencia práctica de mucha utilidad.[1] No eran fáciles las relaciones entre Franco y sus consejeros alemanes; estos últimos criticaban la poca ortodoxia de sus decisiones que, sin embargo, le llevaban a la victoria.

El Generalísimo español, siguiendo los consejos de su hermano, respondió al Comité de No Intervención mostrándose dispuesto a señalar zonas de seguridad para las patrullas navales y a respetarlas. Negrín consideró esta propuesta inaceptable; a su juicio constituía el primer paso para el reconocimiento de beligerancia a Franco. Acompañado de Giral, que era ministro de Asuntos Exteriores, viajó a París para entrevistarse con Leon Blum que ya no presidía el Gobierno pero era vicepresidente con Chautemps. La tesis que sostenía el Gobierno de Valencia era radicalmente opuesta a cualquier clase de controles: necesitaba incrementar sus armamentos para concluir la preparación del que sería Ejército de la victoria. Las dificultades de suministro en el Mediterráneo eran cada vez mayores. Parece que el propósito de Negrín era conseguir que se le abriesen las fronteras de Francia y, con ellas, los mercados de armas en Europa.[2]

La propuesta de otorgar a ambos bandos la beligerancia, que incluía derecho de bloqueo de puertos enemigos y de persecución de buques en alta mar, fue presentada ante el Comité de No Intervención por los representantes de Alemania e Italia, prueba de que se trataba de algo que favorecía a los nacionales. Los británicos, que necesitaban alguna clase de relación, no oficial, con la Junta Técnica que gobernaba en Burgos, no se opusieron: simplemente dijeron que esta concesión tenía que venir acompañada de una retirada de voluntarios. Alemania estaba conforme: la misión esencial de la Cóndor se había cumplido; además sus miembros vivían en España tan discretamente que apenas si se les encontraba en algunos salones reservados de restaurantes; tenían incluso sus burdeles propios, cuyos gastos fueron imputados después en la cuenta general del Cuerpo expedicionario. Se hallaban, pues, en condiciones de seguir semiocultos en calidad de consejeros. Aunque estaba convencido de que los británicos sólo perseguían una especie de estancamiento en las operaciones para obligar a los dos bandos a suscribir un acuerdo arbitrado por ellos, Franco dijo estar dispuesto a aceptar la fórmula.

En su conversación con von Faupel, el 27 de junio, en Salamanca, el Generalísimo sustentó la tesis de que los voluntarios favorecían a sus enemigos; él habría llegado a apoderarse de Madrid sin la presencia de los 20.000 brigadistas internacionales. El número, en su opinión había crecido hasta 40 o 45.000 –sus informes eran bastante correctos– y cada día llegaban más. No creía en la sinceridad de Negrín ni de Francia, que estarían dispuestos a evacuar por mar hacia Marsella ostensiblemente a los internacionales para luego devolverlos por la frontera pirenaica. Los italianos, como soldados, pese a la hazaña del Escudo, significaban muy poco: que se fuesen, pero dejando aquí las armas.[3] La Wilhelmstrasse llegó pronto a una conclusión. Temía que los ingleses estuviesen preparando una campaña de desprestigio a fin de justificar una declaración de guerra a Alemania; por eso debía hacerse más flexible su posición en España. «Si perseverásemos, pura y simplemente, en nuestra actitud –escribía von Neurath a Faupel– la tensión aumentaría. No seríamos ya dueños de los acontecimientos. El objetivo actual consiste, pues, en evitar un conflicto general, más que en asegurar a toda costa una victoria completa del partido de Franco en la guerra civil española».[4] No es probable que Franco conociera estas instrucciones pero, por algunos otros datos, sabemos que abrigaba la sospecha de que Alemania también deseaba una paz negociada. Tenía que desconfiar.

**2.** Alemania esperaba obtener, en el futuro, muchos bienes, en especial mineros, de España. De modo que su presencia constituía una inversión. La cuenta que la Legión Cóndor y los suministros de armas –también el Ejército republicano obtuvo algún armamento alemán, aunque ignoramos por qué medios– estaban generando, debían desempeñar un papel en los preparativos de guerra del III Reich. Se comprende bien el nerviosismo que en el embajador alemán provocaban las tentativas de Chilton para volver a abrir el Consulado británico en Bilbao, y las prisas que, a principios de julio, le entraron por conseguir la firma de los acuerdos comerciales que se negociaban desde algún tiempo antes. También él estaba convencido de que la conquista de Bilbao cambiaba radicalmente la situación, aunque coincidía con Sperrle en decir que las operaciones se estaban llevando del peor modo posible. Los españoles eran buenos soldados aunque carecían de la preparación necesaria; los italianos merecían en

cambio su desprecio y, según su opinión, también el de Franco. Si se hubieran seguido los consejos alemanes la campaña de Vizcaya hubiera sido más corta; por ejemplo ¿a qué ese empeño en que no se bombardeasen poblaciones civiles cuando ése era el medio de derrumbar al adversario? Faupel informó a sus superiores que la victoria de Bilbao se debía a la Cóndor y a la DCA alemanas, lo que era, como sabemos, completamente falso.[5]

La Junta Técnica se mostró muy amable con sus interlocutores alemanes pero resistió sus presiones. Lo más que pudo conseguir von Faupel con sus exigencias un poco destempladas fue la firma de dos protocolos fechados en Burgos respectivamente los días 12 y 15 de julio de 1937: el primero, justificando el retraso sine díe de la negociación del tratado, «dadas las circunstancias», obligaba a las autoridades españolas a comunicar a Alemania cualquier otra negociación con terceras potencias (entiéndase el Reino Unido); el segundo prometía incrementar las relaciones mercantiles otorgándose prioridad y trato más favorable recíproco en este ámbito.[6] Franco, que comenzaba a sentirse más seguro de su victoria, reclamaba ahora un relevo de diplomáticos y consejeros militares tanto en Alemania como en Italia; lo consiguió.

A primeros de julio la postura del Gobierno de Valencia se mostraba claramente en favor de la supresión de controles para la No Intervención. Estaba recibiendo abundante material de guerra soviético, en especial tanques BT-5, que le permitieron armar veinte Cuerpos de Ejército, recobrando la superioridad numérica y de armas sobre los franquistas, y no quería que se obstruyesen los caminos por donde llegaban además, las piezas de repuesto imprescindibles. Franco, que disponía de la frontera de Portugal, no veía inconveniente en dar seguridades a las potencias de la No Intervención, porque no creía en ella: ofrecía otorgar ventajas del tipo de la reapertura del Consulado en Bilbao, si se le reconocía status de beligerante. Es forzoso reconocer la lógica de su postura.

El 9 de julio, a través del embajador holandés, se hizo ante el Comité de No Intervención una propuesta para que se reconociese a los dos bandos condición de beligerantes siempre que se cumpliesen algunas condiciones como la retirada de voluntarios, al menos en su mayor parte, y el establecimiento de observadores en puertos y fronteras. Franco estaba de acuerdo; el Gobierno del Frente Popular, se oponía radicalmente. Chamberlain quería congelar de alguna manera el conflicto español porque ante la evidente escalada nazi, deseaba lograr un acuerdo con Mussolini, restableciendo las alianzas que tan eficaces resultaran durante la primera Guerra. A finales de julio Eden confesó a su colega francés Delbós, que estaba convencido de que la victoria final correspondería a Franco y que sería conveniente prepararse para esa eventualidad. Alemania no se mostraba contraria a la retirada de voluntarios y se había retirado de hecho de la comisión de control.[7]

**3.** Los observadores que el bando nacional tenía en diversos lugares, y de una manera especial en París, donde Quiñones de León trabajaba muy eficazmente usando contactos con los medios políticos y militares franceses, informaron de que se estaban incrementando los envíos desde la Unión Soviética o por la vía de Marsella desde Checoslovaquia. Franco estaba decidido a intentar operaciones navales para impedir u obstaculizar este tráfico: sus fuerzas, incrementadas con la compra de dos sub-

marinos, un crucero y seis destructores italianos –material usado y considerado no imprescindible por la Armada italiana–, comenzaron a actuar en el Mediterráneo. No eran suficientes: a principio de agosto envió a Roma a su hermano Nicolás con una carta personal suya a Mussolini, fechada el 3 de agosto; en ella explicaba el peligro que significaban los suministros soviéticos para su bando y, en general, para la seguridad del Mediterráneo. En consecuencia solicitaba la venta, a crédito naturalmente, de nuevos barcos, en especial submarinos.[8]

La Administración italiana comenzó a quejarse. La deuda crecía sin una perspectiva inmediata de cobro, y si se entregaba el material requerido se ponía en peligro el rearme que la peligrosa situación internacional hacía necesario. Un rasgo característico de Mussolini y también de Nicolás Franco, era la resolución sobre la marcha. El Duce decidió no vender pero en cambio dar orden a sus submarinos de que, en el anonimato, atacasen los barcos de suministro hacia la zona roja. En aquel mes de agosto más de una docena de barcos, no todos de nacionalidad soviética, fueron capturados o hundidos en el Mediterráneo; aunque no estamos en condiciones de precisar cuántos de ellos se debieron a los italianos, resulta indudable que algunos sí fueron víctimas de esta agresión.[9]

Franco se vio favorecido y no protestó, al parecer, de tal injerencia. Para tranquilizarle, Quiñones de León le remitió los datos proporcionados por el servicio francés de inteligencia acerca de los tres submarinos soviéticos que operaban en el Mediterráneo y no desde sus propias bases, sino desde Valencia y Alicante.[10] Los británicos protestaron a su vez, por medio de seis notas, siempre enérgicas, por el apresamiento de barcos de su bandera. Franco no contestó; se reservaba hacerlo cuando se le hubiera reconocido como beligerante.[11]

Entre los barcos agredidos en el Mediterráneo figuraba el destructor británico «Havock», atacado desde un submarino desconocido.[12]

## II. LA CONFERENCIA DE NYON.

**1.** Cualquiera de estos incidentes podía ser utilizado como casus belli si alguna de las grandes potencias estuviese dispuesta a ir a la guerra. La falta de preparación les hacía mostrarse prudentes, por el momento. Franco, que todavía a principios de agosto –en el momento de entregar a su hermano la carta para Mussolini– se mostraba optimista, pues estaba decidido su reconocimiento por el Vaticano y contaba con un ofrecimiento de Chilton sobre la beligerancia que reclamaba, se encontró en peor situación después de los ataques de los submarinos. Éstos le proporcionaron ventajas estratégicas pero también una virulenta campaña de prensa en el extranjero.[13] El 20 de agosto, von Faupel fue a despedirse de Franco en el despacho de éste en el Cuartel General de Salamanca. Diálogo muy diplomático, hecho de tergiversaciones, astuto, entre interlocutores que no se apreciaban. El embajador sabía que había sido cesado a petición del Generalísimo, y ahora tenía que oír decir a éste cuánto lamentaba su marcha. A fin de cuentas, se trataba de un ascenso.

No tenemos motivos para confiar en que ambos interlocutores se estuviesen diciendo la verdad; pero sí, en cambio, para creer que en aquellos momentos Franco estaba explicando la que a su juicio era verdadera situación internacional, con un

argumento que posteriormente habrá de repetir con machacona insistencia. El único enemigo verdadero de la civilización occidental era el comunismo; pero en aquellos momentos la URSS, a causa de las terribles depuraciones que hiciera entre sus generales y oficiales, no estaba en condiciones de ir a la guerra. Por esto recurre a las subversiones internas como la que Salazar acababa de descubrir que se preparaba en Portugal. Desde luego si los nacionales resultasen vencidos, tampoco Portugal podría sobrevivir mucho tiempo.

De ahí que creyese de la mayor urgencia conseguir que los nacionales venciesen –aquí Faupel entendió que estaba pidiendo ayuda más decisiva por parte de Alemania– y también que las potencias occidentales no comunistas buscasen vías de acercamiento. El duque de Alba y otros amigos suyos estaban trabajando en Londres para conseguir que el Reino Unido y el Reich procediesen como amigos. Respecto a Francia, cuyo Ejército estaba siendo minado por la propaganda comunista, sería conveniente también una mejora en las relaciones.[14] En resumen encontramos en esta conversación un esquema de la tesis que Franco mantendría después: no hay más enemigo que la Unión Soviética y contra ella debían agrupar sus fuerzas todos los europeos. Hitler no pensaba así.

**2.** Italia había previsto una acción marítima muy limitada, durante un mes, o poco más, y luego poner el bloqueo en manos españolas, después de haber inducido a temor a todos los que se beneficiaban del comercio militar con España. Pero el Gobierno francés, tan perjudicado como el soviético por estos actos de fuerza, protestó ante Chamberlain: he ahí adonde conduce la política de apaciguamiento. Y como la Royal Navy era una de las agredidas, Chamberlain no tuvo más remedio que invitar, el 6 de setiembre de 1937, a todas las potencias ribereñas del Mediterráneo, además de Alemania y la URSS, a una conferencia que debía celebrarse en la localidad suiza de Nyon para tratar de «la piratería en el mar». A Mussolini no disgustaba que la diplomacia escogiese este camino: pretendía demostrar la injusticia de las sanciones económicas que se le impusieran y legitimar en consecuencia la incorporación de Abisinia a su imperio. Tampoco tenía inconveniente en comprometerse a la suspensión de las acciones navales; estaba previsto de antemano que se haría antes de mediados de setiembre.

Alemania e Italia se abstuvieron de asistir a la conferencia de Nyon, porque entendían que había en ella una especie de acción de la Sociedad de Naciones, cuya legitimidad rechazaban, pero no la boicotearon. El 11 de setiembre se llegó a un acuerdo que autorizaba a hundir cualquier submarino que hostilizase a los mercantes de países neutrales, sin tener en cuenta su origen o bandera. Italia y Alemania, después del 14, también se sumaron al acuerdo, aunque el conde de Ciano, ministro de Asuntos Exteriores, reclamó la continuación de negociaciones porque uno de las barcos atacados por «piratas» era italiano, y consiguió que se asignara a Italia una zona de especial vigilancia entre Cerdeña y las Baleares (27 de setiembre). Chamberlain hubiera deseado tratar en la conferencia de Nyon del caso español, pero alemanes e italianos le advirtieron que este asunto era de la exclusiva competencia del Comité de No Intervención y se negaron a tratarlo fuera de aquel marco.

**3.** La conferencia de Nyon fracasó, en último término, porque ninguno de los con-

tendientes en España estaba entonces dispuesto a aceptar ninguna solución distinta de la que las armas podían proporcionar. Dos grandes Ejércitos, frente a frente, se preparaban para librar la que debía ser batalla suprema: era de importancia decisiva interrumpir los suministros del adversario y dejar abiertos los propios. Con los barcos adquiridos en Italia, muy antiguos ya que procedían de la guerra de 1914, y los que se sumaron desde el Norte, «Cánovas», «Dato» y «Canalejas», que tampoco eran un modelo de modernidad, el almirante Moreno se había decidido a intentar la batalla del Mediterráneo contando especialmente con la base de Mallorca. Los dos submarinos, bautizados como «Mola» y «Sanjurjo», iniciaron sus acciones a finales de mayo. Además de interceptar barcos que navegaban aisladamente o bajo la protección de la flota republicana, la misión asignada consistía en convencer a sus adversarios de que el dominio del mar había cambiado de mano. Por accidente, los rojos sufrieron la pérdida del «Jaime I» en el puerto de Cartagena (17 de junio).

Inexplicablemente, el almirante Buiza desaprovechó una oportunidad en que aún contaba con superioridad numérica, limitándose, en obediencia a las instrucciones que desde el Gobierno se le enviaban, a asegurar en lo posible la navegación de los mercantes; pero ni siquiera le era dado organizar un sistema de convoyes puesto que no podía hacer acto de presencia en los puertos de origen. Esa batalla de las comunicaciones marítimas la perdió, según el informe del almirante soviético Kutznesov, entre el 7 de setiembre y el 10 de octubre: el «Baleares» obligó a desviarse a tres mercantes a pesar de contar éstos con escolta de dos cruceros y ocho destructores; el «Canarias» se apoderó del «Mar Negro» con importantísimo material; otros dos buques fueron capturados el 17 de setiembre; por último el 10 de octubre el transatlántico «Santo Tomé» fue hundido.[15]

Enfáticamente el mando nacional creó la que se llamaba Flota de bloqueo de la que el propio almirante Moreno asumió la dirección. A sus órdenes actuaban también los aviones con base en Mallorca. El Gobierno de Valencia, atendiendo los informes soviéticos, tuvo que renunciar a suministrarse por el Mediterráneo; Negrín, a través de Leon Blum, ejerció fuertes presiones sobre Francia hasta conseguir, en noviembre de 1937, que se autorizase un nuevo sistema consistente en hacer llegar a los puertos del Canal de la Mancha el material destinado a los republicanos españoles encerrado en cajones sellados que luego se enviaban por tierra a Barcelona sin que la Aduana los registrase. Curioso antecedente del sistema TIR que se utiliza en nuestros días.[16]

Mejoraba paulatinamente la posición diplomática de Franco: al reconocimiento temprano de Guatemala, Alemania e Italia, y después de la Santa Sede, se sumaron en 1937 los de El Salvador, Honduras, Nicaragua, Albania y Yugoslavia; en 1938 habría una verdadera avalancha de reconocimientos. Desde diciembre de 1937 Portugal había tomado una decisión moderada. Sin llegar al reconocimiento pleno, para no enfrentarse a las críticas inglesas, Salazar encargó a Barjona de Freitas, que era ministro en Tánger para que en su nombre informara a Franco que nombraría un representante oficioso de la más alta categoría, Teotonio Pereira, embajador luego durante muchos años en Madrid. No ocultaba el jefe del Gobierno portugués los temores que le producía el expansionismo alemán e italiano.[17]

¿Cómo podía negarse al bando nacional el status de beligerante? Gran Bretaña dio el gran paso designando un representante oficioso, Robert Hodgson, que pre-

sentó sus credenciales en Burgos el 16 de noviembre, y reconoció la misma condición al duque de Alba en Londres. Esta evolución molestó, como puede suponerse, a los alemanes.

Mientras tanto la insistencia británica para procurar la retirada de voluntarios tropezaba con un nuevo obstáculo. El delegado soviético, Maiski, dio una información falsa –había 10 o 12.000 en las filas de la República y 80.000 en el Ejército nacional– que se negó a rectificar. Desde esta base resultaba imposible llegar a un entendimiento aunque fuera mínimo: la internacional comunista quería que la retirada se hiciese en la proporción de 8 voluntarios nacionales por 1 de los rojos. El 20 de octubre Franco formulo a través del nuevo embajador, von Stohrer, las condiciones que a su juicio aseguraban un mínimo de equidad:

- se irían los soldados, pero no sus equipos,
- las evacuaciones, por mar, en grupos no muy grandes, serían iguales en número por ambas partes,
- no se consideraría como extranjeros a los marroquíes ni a los legionarios,
- y las dos partes gozarían del mismo status de beligerancia.[18]

## III. ALEMANIA PRESENTA SUS DEMANDAS.

**1.** En vísperas del gran enfrentamiento, del que se esperaba dependiera el resultado final de la guerra –nadie estaba absolutamente seguro de ser el vencedor– Julio Álvarez del Vayo, con el apoyo de la Unión Soviética y de México, planteó la cuestión española en la Sociedad de Naciones tratando de obtener una condena semejante a la que se produjera contra Italia durante el conflicto de Abisinia. De acuerdo con su propuesta había un Gobierno legítimo en un país miembro que estaba siendo atacado por rebeldes que se alzaron en armas contra él. Por consiguiente todos los países tenían el derecho y hasta el deber de ayudar al Gobierno y la prohibición de hacer lo mismo con los rebeldes. Esta propuesta tropezaba con un obstáculo: el Parlamento había sido desmantelado, al ser excluida, perseguida y asesinada la oposición. En oposición a esta postura, los excluidos de la Sociedad de Naciones, Alemania, Italia y Japón, concertaron en noviembre de 1937 un pacto singular Antikomintern: el comunismo era amenaza mundial y todas las medidas que se tomaran para impedirlo eran convenientes. Impedir que el sistema soviético se extendiera a España resultaba un acto de legítima defensa. Sucesivamente Austria, Hungría, Turquía, Grecia, Japón y Portugal se sumarían indirectamente a esta tesis reconociendo a Franco como Gobierno legítimo. En su muy deliciosa y cuidada ambigüedad, el Reino Unido permitió a los franquistas gestionar los Consulados de Gibraltar, Londres, Liverpool y Cardiff.

Desde la muerte de Mola, Fidel Dávila había pasado a mandar el Ejército del Norte. Le sustituyó al frente de la Junta Técnica el conde de Jordana. Católico, monárquico, extraordinariamente honrado y cuidadoso de que sus decisiones fuesen justas, gozaba de un gran prestigio.

Desempeñaba antes la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia Militar, que había confirmado las sentencias dictadas contra Hedilla y sus partidarios, declaran-

do correctas las actuaciones del Consejo de Guerra. Desde entonces, y por muchos años, despacho frecuentemente con Franco y sus consejos y decisiones nunca fueron discutidas. Descubrió, ante todo, que la Junta Técnica funcionaba mal; sus atribuciones no estaban aclaradas, la prensa escapaba a su autoridad y Antonio de Sangróniz, instalado en San Sebastián, conducía los asuntos exteriores, mientras Nicolás Franco actuaba por otra parte, sin llevar a cabo ninguna coordinación. Se estaba produciendo una divergencia entre la Junta Técnica y el Movimiento; en la primera dominaban los católicos tradicionales, militares y primorriveristas; en el segundo la influencia de Serrano Suñer y los falangistas era decisiva. Queipo de Llano no obedecía a nadie. Gobernaba por medio de bandos y, en octubre de 1937, llegó al extremo de proponer a Burgos una descentralización administrativa equivalente, en el fondo, a la consolidación de su virreinado andaluz. La solución, según Jordana, estaba en constituir un Gobierno, con ministros responsables dentro de sus ámbitos de poder, antes de que fuera demasiado tarde. Franco aceptó el Consejo y aunque aún tardó algunas semanas en realizarlo, anunció ya desde octubre su propósito de formar el primer Gobierno de su Régimen.[19]

Volvamos atrás. El problema principal que hubo de afrontar Jordana, al llegar al poder, fue el de las pretensiones económicas alemanas. El 16 de julio de 1937 firmó un compromiso para reembolsar la deuda de guerra pagando un interés del 4% al año. Los alemanes no se conformaron con esto: insinuaban que todas las divisas generadas por las exportaciones españolas debían pasar a su poder y también que la HISMA-ROWAK debía monopolizar el comercio exterior. En las instrucciones entregadas al nuevo embajador, Eberhardt von Stohrer, la Wilhelmstrasse le encomendaba aceptar las negociaciones anglo-españolas en el terreno económico, pero también que se otorgase a Alemania absoluta preferencia en las materias primas.[20] En otras palabras, el Reich pretendía que sólo pudieran exportarse libremente aquellas que él no estuviera interesado en adquirir.

**2.** De pronto, Franco sorprendió a sus aliados promulgando un decreto-ley (9 de octubre de 1937) que declaraba nulas todas las concesiones que se hubieran hecho por cualquier autoridad, incluyendo las dependientes del Gobierno de Valencia, y suspendiendo todas las gestiones que pudieran hallarse en curso. Los alemanes protestaron enérgicamente y no creyeron que fuese cierta la respuesta que la Junta Técnica les dio diciendo que su intento era impedir la consolidación de las enajenaciones realizadas por los Gobiernos del Frente Popular. No les faltaba enteramente la razón: se trataba de una decisión política muy deliberada, que respondía a intenciones que el propio Franco explicó en un discurso pronunciado con ocasión de celebrarse la fiesta nacional del 12 de octubre: «España no admite especulaciones sobre su soberanía».[21]

Mucho se ha especulado acerca del verdadero alcance que debemos dar a esta disposición: las diferencias de opinión se relacionan también con las opiniones y juicios de valor de los historiadores. Tratemos de evitarlos indagando en los textos. Johannes Bernhardt, que dirigía la HISMA y gozaba de la plena confianza de Goering, interpretó el decreto-ley como un golpe dirigido contra Alemania porque lo que con él se pretendía era impedir que las pesetas de la cuenta, ya muy crecida, se invirtiesen en la compra de los yacimientos mineros; dijo a sus jefes que no debían consentirlo. La legislación posterior sirve de apoyo a otra tesis que consideraba el

decreto-ley tan sólo como parte de una política que tendía a impedir la enajenación de recursos naturales e industrias: es cierto que, todavía muchos años más tarde, Franco deseaba asignar al capital extranjero un papel de cooperación y nunca de dominio completo sobre las empresas españolas. Por otra parte se tiene la evidencia de que, tras la conquista de Vizcaya y de la posterior eliminación de toda la zona norte, el Generalísimo y los que con él colaboraban, inició una cautelosa maniobra de alejamiento de Alemania y acercamiento a la Gran Bretaña.

En documentos muy posteriores Franco trataría de hacer una distinción entre las relaciones de amistad de España con Alemania e Italia, altamente deseables, cualquiera que fuese el régimen político, y las suyas personales con Hitler y Mussolini. Todos, en común, albergaban el recelo hacia el comunismo, y eso estaba en la base de la cooperación; hubiera deseado que también otras potencias amenazadas por los soviets le prestasen ayuda para combatirlo. No lo hicieron, antes al contrario apoyaron a los rojos que intentaban introducir el comunismo en España y, en consecuencia, se vio reducido a la sola ayuda de aquellas dos naciones y sus gobernantes. El agradecimiento que vinculó esta amistad le obligaría luego a mostrar más confianza en el Führer y el Duce que en los otros gobernantes de Europa. Esto no implicaba identidad de regímenes políticos sino coincidencia de intereses.[22]

Goering fracasó sistemáticamente en sus proyectos para insertar España en la maquinaria de producción del nacional-socialismo. Los acuerdos firmados en julio de 1937 y los que vinieron después no comprometían en absoluto respecto a relaciones con terceros países.

**3.** Otros síntomas apuntaban hacia el cambio favorable. Se extendía, fuera de España, la convicción de que Franco iba a ganar la guerra; había la impresión de que los actos de violencia tendían a decrecer y se ganaba en orden. Algunas grandes figuras intelectuales, como García Morente, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón o Pío Baroja, una vez fuera de España, se apresuraban a desvincularse del Gobierno de Valencia o emprendían el retorno a la zona nacional.[23] Era notable la diferencia con el otro bando en donde los que podían escapar ya nunca regresaban. En Francia, mercado principal de venta y tránsito para los republicanos, su peseta se cotizaba a 0,50 francos, mientras que la acuñada en Burgos valía 1,80.[24] Franco quería sostener este valor y a falta de reservas de oro y plata –las aportaciones de los particulares tenían poco más que un valor simbólico– los recursos mineros constituían un buen fondo de garantía; a fin de cuenta no importa mucho que el valor base sea la tonelada de hierro y no el kilo de plata. En sus conversaciones con los consejeros alemanes, el Generalísimo se mostraba seguro de que en el verano de 1938, cuando la industria vasco-asturiana hubiese alcanzado aceptables rendimientos y los nuevos reclutas estuviesen instruidos, podría destruir al enemigo.

En ambos bandos la afluencia de voluntarios había cesado desde la primavera de 1937; las unidades militares se componían de movilizados forzosos, a veces demasiado viejos, a veces excesivamente jóvenes. Curioso método que hacía que quienes fueran soldados rojos en la defensa de Asturias se convirtieran luego en soldados nacionales para el avance hacia Teruel. Franco parece haber tenido en esto ventaja sobre sus adversarios; no necesitó recurrir a tantas movilizaciones como éstos y, sin embargo, disponía cada vez de más soldados. En el verano de 1936 las masas de manio-

bra se contaban por decenas de millares; en el siguiente tenemos que hablar de centenares. Recordemos que en octubre de 1937 Franco estaba dispuesto a negociar una retirada de extranjeros, señal de que los necesitaba menos que sus adversarios.

En octubre de 1937 la Junta Técnica había conseguido establecer relaciones comerciales con cinco países situados fuera de la órbita del Eje: Austria, en donde, a pesar del asesinato del canciller Dollfuss el partido nazi seguía en la ilegalidad, Suiza, Hungría, Holanda e Inglaterra. En todos estos casos estaba negociando nuevas condiciones para regularlas. Estas operaciones permitían obtener divisas para compras en el exterior y enjuague de una parte de la deuda de guerra.[25] En ella tenemos que incluir también la factura de los carburantes norteamericanos. De todos era, sin duda, el mercado británico, el más importante. Poco antes del 24 de octubre de 1937 Nicolás Franco explica Stohrer que eran cuatro los convenios que se estaban ya negociando con el Reino Unido:

- el que autorizaría la venta de vino, tomates y naranjas en el mercado de Londres, cobrándose en libras esterlinas su importe.
- otro que concertaría la forma en que habría de efectuarse el pago del mineral que la empresa británica concesionaria estaba obteniendo en las minas de Río Tinto.
- un tercero que afectaría exclusivamente a las exportaciones de pirita de hierro desde Vizcaya,
- y el último restableciendo con carácter general las representaciones consulares.[26]

Se comprende, pues, el interés de Gran Bretaña en acudir a representaciones diplomáticas prácticamente iguales con ambas zonas. Como una muestra muy significativa del cambio que se estaba produciendo se cursó el 4 de noviembre, desde el Cuartel General de Salamanca, una orden a todos los periódicos: debían abstenerse de combatir o criticar a los ingleses o sus instituciones . La orden fue mal obedecida. El comandante de Baleares recibió instrucciones de reanudar las relaciones cordiales con barcos de aquella bandera.[27] El 24 de octubre la representación británica en el Subcomité de No Intervención defendió abiertamente la tesis del reconocimiento;[28] el Reino Unido la estaba poniendo en práctica.

## IV. EL PROYECTO MONTANA.

**1.** Al transmitir todas estas noticias a sus superiores, von Stohrer añadio que no había tiempo que perder. En un informe estrictamente confidencial, el nuevo embajador daba una versión de los hechos que no puede ser desechada. No era cierto que la guerra estuviese ya decidida; en cualquier momento podía producirse un vuelco en la situación, ya que el 40% de la población en las zonas recientemente conquistadas era políticamente adversa y porque los rojos, aunque muy deprimidos por sus derrotas, poseían una gran espíritu combativo. Hara falta otra gran ofensiva victoriosa para que pueda hablarse de una decisión en el orden militar. «Franco puede perfectamente soportar que la decision militar se haga esperar, desde el punto de

vista económico y político. La prolongación de la guerra no es inquietante más que desde el punto de vista de la política interior». Los mercados estaban aprovisionados, los precios habían subido poco y la organización política era elemental. Stohrer detectaba, corrientes y decisiones muy fuertes para restablecer el dominio de la Iglesia católica y para restaurar la Monarquía, tendencia que apoyaban Inglaterra e Italia. Aunque Alemania había llegado a suscitar fuertes corrientes de simpatía y, sin ruido, se estaba logrando, mucha propaganda, todo ello dependía exclusivamente de Falange y sus medios; era urgente firmar acuerdos que incrementasen la influencia cultural nazi, instalar alemanes con sus empresas en la Península y obtener ventajas económicas antes de que fuera demasiado tarde.[29]

Los responsables del Partido se adelantaron en esta ocasión a la Wilhelmstrasse. Lo que Chamberlain, probablemente Mussolini y, desde luego, Franco ignoraban era que el 5 de noviembre de 1937, en una reunión especialmente convocada en el más riguroso secreto –tanto que hasta después de 1945 no fue conocida– Adolf Hitler había comunicado a sus colaboradores más íntimos, Blomberg, Goering, Raeder, von Neurath, von Fritch y quizá algunos otros que su propósito era anexionar Austria y Checoslovaquia, provocando una guerra no antes de 1943 pero tampoco más allá de 1945, para proporcionar al Reich el «lebensraum» que necesitaba en el Este.[30] Quienes se mostraron contrarios a este proyectos no tardaron en ser destituidos con detalles en ocasiones afrentosos para su conducta. Goering suscribió al parecer con todo entusiasmo los proyectos del Führer.

Von Neurath salió inmediatamente hacia Roma pues el 6 de noviembre estaba prevista la ceremonia de la firma de adhesión de Italia al Pacto Antikomintern. Ciano comentó en esta ocasión el interés que tendría para Italia retener de alguna forma una base naval y aérea en Palma de Mallorca. Mussolini se mostró preocupado por la evolución de los asuntos de España: se estaba corriendo el riesgo de que este país retornase a la tradicional política de amistad con Inglaterra. En las instrucciones para el nuevo embajador Viola, que sustituía a Cantaluppo+, fechadas el 9 de noviembre, se le encomendaba que trabajase en estrecha colaboración con su colega alemán para conseguir la inclusión de España en el Pacto Antikomintern.[31]

**2.** Las aprensiones de Mussolini estaban plenamente justificadas. Desde el 16 de noviembre, aplicando de hecho el principio de la beligerancia, Inglaterra había decidido rebajar la representación en Valencia a un simple encargado de negocios, John Leche, mientras encomendaba la de Burgos a un diplomático, muy experto en asuntos soviéticos, que tenía personalmente categoría para ser embajador. Jordana, desde la Junta Técnica, como luego desde el Gobierno, se refería a él como «embajador». Su misión[32] no iba a resultar nada fácil; tenía que vencer los recelos de los gobernantes españoles, superar los efectos de una propaganda volcada a favor de fascistas y nazis, y tratar de desbancar la influencia alemana. Buques británicos, cuando llegaban a Ceuta o a Palma en visita de cortesía, comenzaron a enarbolar la bandera bicolor.[33] En febrero de 1938 Hodgson tendría la oportunidad de una conversación larga y distendida con Franco; ambos estuvieron de acuerdo en que había dos intereses comunes, el de la neutralidad no sólo en el presente sino también en el futuro, y el del incremento en las relaciones mercantiles, que daba beneficios de dinero a Inglaterra y posibilidades de trabajo industrial a España.[34]

Jordana tuvo entonces la oportunidad de establecer el contraste entre las exigencias alemanas y la mayor flexibilidad italiana, que también Franco registró en algunas de sus notas dispersas. Viola planteó la cuestión de la deuda de guerra pero, siguiendo instrucciones, convino en que sería al final de la guerra cuando se haría el balance definitivo estableciéndose entonces plazos para su satisfacción. En cuanto a la adhesión al Pacto Antikomintern, Franco mostró su conformidad en principio pero demorando la ejecución para otro momento, «cuando fuese conveniente».[35] Viola aceptó también esta cortés demora que anunciaba el hecho de una suspensión de juicio hasta que las circunstancias dijesen lo que más convenía.

Como el capitán del barco –éste era un símil que al Generalísimo complacía– que da un golpe de timón cuando el viento carga con exceso por una de las bandas, así se preparaba Franco a equilibrar las relaciones económicas alemanas, un tanto abrumadoras, con las de otros países, en especial las británicas. Toda la operación partía de un supuesto: que la campaña del Norte y las derrotas de Brunete y Belchite hubiesen provocado una verdadera neutralización del Ejército enemigo, incapacitandole para éxitos espectaculares. Es lo que había advertido Stohrer con palabras que parece haber recogido Hitler en su conversación secreta del 5 de noviembre. La prolongación de la guerra no le preocupaba salvo en el caso de que se produjese una masiva intervención exterior.

Esto es lo que no sucedería: la apertura de la frontera de Francia para los suministros soviéticos y el rearme del Ejército rojo iban a permitir a éste pasar a la ofensiva. La política de alejamiento de Alemania, visible hasta mediados de diciembre, no continuó tras la pérdida de Teruel. Franco tuvo que buscar decididamente el apoyo alemán.

**3.** Goering, a quien el Führer había encomendado la puesta en marcha de la industria de guerra alemana para ese gran proyecto que reveló el 5 de noviembre a sus íntimos colaboradores, necesitaba los minerales españoles: Stohrer traía la orden de conseguir la confirmación de títulos de propiedad sobre 73 concesiones mineras que iban a comprarse con el dinero de la deuda en España. Un consorcio llamado Montana figuraba como titular de dicha propiedad. Como el decreto-ley de 9 de octubre impedía la compra, que estaba en algunos casos prácticamente ultimada, no había más remedio que acudir a la vía diplomática para acabar con la prohibición. Los alemanes se refirieron a este proyecto como «operación Montana».

El mariscal del Aire del Reich envió a Burgos a Klingenberg para que ayudara a Stohrer en este importante cometido. Desde el 20 de octubre venían celebrando entrevistas con Joaquín Bau y el conde de Jordana: exigieron ante todo que se otorgara a los alemanes el mismo derecho de propiedad que tenían los españoles; de este modo el consorcio Montana podía firmar las escrituras de compra con los actuales propietarios de las concesiones mineras. Los españoles se negaron. De acuerdo con la ley de Minas aún vigente, el capital extranjero en una empresa española no podía pasar de un 20 o 25% del total, debiendo ser españoles, en todo caso, los directivos de la misma; el decreto-ley del 9 de octubre imposibilitaba cualquier excepción. De este modo no había más remedio que esperar a la constitución de un Gobierno, que no podía tardar, para que pudiera llevarse a cabo nueva legislación que favoreciese las pretensiones alemanas.

Klingenberg habló con algunos de los grandes industriales de Bilbao, especialmente Emilio Amann, Enrique Ocharan y Franz Lipperheide, que le informaron de que el decreto de 9 de octubre respondía a una denuncia presentada por los directivos de Altos Hornos que explicaron a la Junta que la concesión que los alemanes pretendían significaba el cierre de la siderurgia vizcaína, y también de que, aunque otra cosa se dijese, estaba dirigido contra los alemanes. Stohrer decidió acudir a Nicolás Franco, que le habló con bastante claridad: la «operación Montana» había despertado muchos recelos y ni siquiera el Generalísimo se atrevería en estos momentos a quebrantar la ley. El 4 de noviembre Klingenberg recomendó a Goering: si los recursos mineros españoles se consideran en efecto esenciales para el esfuerzo económico, era precisa una presión sobre las autoridades de Burgos estableciendo la dependencia entre las concesiones y la ayuda militar; sin aquélla, no habría ésta.[36] Con este informe Klingenberg y Bernhardt viajaron a Berlín buscando nuevas instrucciones de Goering.

Mientras los agentes informaban al mariscal del Aire, y los españoles negociaban con los italianos la compra de maquinaria y piezas, incluyendo el casco, para ocho destructores que serían montados en España, Stohrer lograba ser recibido por el Generalísimo que se abroqueló detrás del argumento ya conocido: «me ha confirmado que el decreto se había adoptado para evitar el peligro de una cesión total por parte del Gobierno rojo, y que los intereses alemanes quedarían salvaguardados».[37]

Nada de esto convenció a Goering, que estaba muy encolerizado. Es muy cierto que los beneficios que, en forma de aprovisionamiento de minerales, obtenía Alemania ya en aquellos momentos, eran muy considerables, pero nada de esto convenía al corpulento mariscal. Llamó a uno de sus colaboradores, Eberhard von Jagwitz, consejero de Economía y responsable en Alemania de la ROWAK y le ordenó que se trasladase inmediatamente a España para «poner una pistola en el pecho» del general Franco y exigirle «la salvaguardia del botín de guerra alemán». Las maneras de Goering tenían poco de diplomáticas, aunque no debe negársele el don de la claridad. De eso se trataba, de intervenir en una guerra para lograr un botín. Jagwitz comentó estas instrucciones con el secretario de Estado en la Wilhelmstraese, von Mackensen, y con el propio Bernhardt; realmente no podía ir a Burgos con esta misión porque planteadas así las cosas se podía producir una ruptura con Franco, cosa que de ninguna manera convenía porque la operación de ayuda, incluyendo la Cóndor, estaba produciendo beneficios enormes. Alemania estaba comprando en España 90 millones de marcos en materias primas para su industria cuando antes de la guerra adquiría sólo naranjas por valor de 40 y, además, la deuda de guerra estaba proporcionando unos ingresos tales que las industrias podrían comprar durante otros diez años sin agotar los fondos.[38]

En consecuencia, las perentorias órdenes de Goering no se cumplieron. Von Neurath dijo al embajador Stohrer que, tras las conversaciones con Bernhardt, se había decidido únicamente que presentase una nota enérgica a Franco instándole a salvaguardar los intereses de la HISMA, de acuerdo con la lista de preferencias que ella redactó.[39] El 30 de noviembre, von Neurath insistió. Los comentarios que Nicolás Franco hiciera acerca de las negociaciones con Inglaterra –el ministro alemán entendía que con la llegada de Hodgson se había alcanzado un reconocimiento diplo-

mático– no eran aceptables en Alemania. Franco estaba haciendo concesiones a los británicos que, a su juicio, perjudicaban al Reich. En consecuencia se debía exigir, al margen de la «operación Montana» que toda la producción de mineral de hierro en Asturias y Vizcaya se reservase para los compradores alemanes.[40]

Ésta era la situación en el momento en que empezaron a tronar los cañones en el gélido invierno de Teruel, rompiendo el frente de los nacionales.

bien su Gobierno le prohibió interceder a favor de los encausados (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 249-250). No perdió su influencia. Antes de abandonar España firmó dos importantes protocolos, de los que nos ocuparemos, el 12 y 15 de julio de 1937, para intensificar las relaciones mercantiles y, sobre todo, la compra de minerales (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 329 y 333-334).

17 Los servicios de información del Ejército pasaron a Franco por lo menos cinco testimonios que coincidían en mostrar esta ambición de Yagüe aunque también que la creían compatible con su lealtad hacia el Generalísimo.

18 En una carta de Antonio María Casañas, fechada el 23 de agosto, se revelaba el procedimiento: se trataba de que firmasen una propuesta de secretario general con nombre en blanco que luego rellenarían los «antiguos». Tampoco se pensaba cometer ningún acto de deslealtad hacia el Caudillo. En estos momentos las críticas iban contra Serrano; a fin de cuentas, procedía de la CEDA.

19 *Documentos*, I, pp. 156-159.

20 Seguimos en estos párrafos a J. Tusell, *Franco*, p. 153 y ss; es el primer historiador que accede a los archivos de Fal Conde y de Rodezno.

21 Los textos del discurso y decreto de la Laureada en F. J. Lizarza, *Cómo se instrumentó el Alzamiento*, pp. 167-168.

22 J. Tusell, *Franco*, pp. 156-158.

23 E. Vegas, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas*, Madrid, 1987. Por ser memorias, el autor no desarrolla el tema sino como explicación y defensa de su conducta. Desde este punto de vista deben utilizarse.

24 Esta carta era desconocida a los historiadores hasta que Vegas Latapie la publicó como apéndice a sus *memorias*, II, p. 515.

25 *Documentos*, I, p. 166.

**Notas al Capítulo 28.**

1 Á. Viñas, *Guerra...*, p. 143-149.

2 El informe de Negrín al retorno del viaje fue incorporado a las *Memorias* de Azaña, IV, p. 564.

3 Informe Faupel de 27 de junio. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 296-297.

4 Instrucciones a Faupel de 9 de julio. *Wilhelmstrasse*, III, p. 309.

5 Textos de 9 de julio en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 322-328.

6 Los protocolos en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 329 y 333.

7 J. Tusell, *Franco*, pp. 188-189.

8 Según H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 797-798, la rotunda negativa de Negrín a aceptar la retirada de voluntarios obedecía a que seguía creyendo que las Brigadas Internacionales eran su fuerza principal.

9 La intervención italiana aparece confirmada en G. Ciano, *Diarios, 1937-1938*, Barcelona, 1961, p. 7 y ss.

10 Informe Quiñones de León de 23 de setiembre de 1937. *Documentos*, I, pp. 160-161.

11 El 3 de agosto y tras una conversación con Sangróniz, Heberlein comunicó a von Neurath que Franco estaba convencido de que recibiría la beligerancia muy pronto. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 344-345.

12 J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, p. 524.

13 Nota sobre la campaña del *Daily Express* de 9 de setiembre recogida en la prensa española.

14 Informe von Faupel de 21 de agosto. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 347-349.

15 Ricardo Cerezo Martínez, *Armada española en el siglo XX*, 4 vols., Madrid, 1983. Ver el resumen de los datos en «Aspecto naval de la guerra civil española», del mismo autor, en *La guerra y la paz 50 años después*, pp. 270-273.

16 J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, p. 528.

17 Franco Nogueira, *op. cit.*, III, p. 138.

18 *Wilhelmstrasse*, III, p. 380.

19 J. Tusell, *Franco*, pp. 164-169.

20 *Wilhelmstrasse*, III, pp. 371-373.

21 B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 369-371.

22 Resulta especialmente significativa la conversación que F. Franco-Salgado registró el 6 de marzo de 1965 (*op. cit.*, p. 443). Es muy posterior, pero se trata de reflexiones hechas en la intimidad y no de dar publicidad o argumentos. Dijo el Generalísimo: «Yo, tú lo sabes bien, nunca he sido fascista ni hemos luchado nunca por el triunfo de ese ideal. Fui amigo de Mussolini y de Hitler porque nos ayudaron a combatir el comunismo. Pero nunca me sometí a ellos ni a su política, ni fui partidario de sus procedimientos de mando, sobre todo en el caso de los nazis; les pedí ayuda por haberse enfrentado a nuestro Alzamiento los demás pueblos que formaban en las filas de los aliados. Si ellos nos hubiesen ayudado yo hubiera estado con ellos. Pero no sólo no nos prestaron su apoyo sino que favorecieron a los rojos». Es bastante correcta esta interpretación; independientemente de sus preferencias, ya hemos visto cómo la disyuntiva que se planteó en los primeros momentos era la de recurrir a Mussolini o Hitler o carecer absolutamente de fuentes de aprovisionamiento de armas. También el Frente Popular quiso comprar armas en Alemania.

23 Sobre el caso de Pío Baroja y de las supuestas persecuciones de que se dijo había sido objeto, ver el análisis objetivo de J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.496-1.497. Poco después del retorno del ilustre novelista apareció un libro a su nombre titulado *Comunistas, masones, judíos y demás ralea*, que repudiaría más tarde; estaba compuesto sumando artículos que publicara en diversas circunstancias y momentos; se hacía extensión de la enemistad también a los judíos, como gustaba entonces a los nazis. Pero la tesis sostenida en este curioso libro era más bien justificadora de la divergencia española en la cuestión judía: admitiendo que el sionismo era origen tanto de la masonería como del comunismo, afirmaba que de ninguna manera esto alcanzaba a los sefardíes. Digámoslo de otro modo: se estaba dando pábulo a una pintoresca y falsa leyenda, muy útil en la ocasión, la de que no se podía confundir a los «buenos» sefardíes con los «malos» askenazíes. H. Avni, *España, Franco y los judíos*, trad. esp. Madrid, 1982, p. 67.

24 B. Crozier, *op. cit.*, pp. 367-368.

25 En noviembre de 1937 la deuda con Italia se elevaba ya a 3.000 millones de liras. Aunque los italianos se mostraron bastante moderados en sus exigencias, acudieron a procedimientos para resarcirse. Uno de ellos era la compañía SAFNI, creada en agosto de 1936, que se encargaba de exportar carbón, tejidos de lana y aceite de oliva, naturalmente con cargo a dicha deuda. Los italianos embotellaban y ponían marca a este aceite vendiéndolo después como si fuera suyo.

26 Despacho Stohrer de 24 de octubre en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 386-388. Nicolás Franco aseguró al embajador que en todos estos casos se estaban teniendo en cuenta los intereses alemanes para que no experimentasen el menor perjuicio.

27 J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 291.

28 Según el informe enviado desde Londres por el duque de Alba (*Documentos*, I, pp. 161-162) la propuesta inglesa se vinculaba a una paulatina retirada de cuantos extranjeros –es decir quienes el 18 de julio no tenían nacionalidad española– combatían en ambos bandos; dicha retirada se haría en forma de contingentes de mil hombres por cada bando y con vigilancia establecida en las fronteras. Pero Maisky, que seguía en su tesis antigua, dijo que nunca reconocerían beligerancia a Franco mientras quedase en sus filas un solo voluntario. Eden replicó que la propuesta equivalía a no conceder el reconocimiento nunca. Podían pasar diez guerras antes de que se pudiera efectuar una comprobación semejante.

29 La conferencia era resultado de una iniciativa de von Blomberg, que quería aclarar sus discrepancias con Goering. Uno de los ayudantes de Hitler, el coronel Friedrich Hossbach, tomó nota taquigráfica de las palabras del Führer y la pasó luego a limpio dando origen a un documento que se presentó ante el tribunal de Nurenberg y que se conoce como «protocolo Hossbach». Entre los comentarios figura uno relativo a la guerra de España que R. de La Cierva (*Franco*, p. 231) ha reproducido íntegramente y que cambia muchas de las apreciaciones de los ensayistas. Pensaba que la guerra de España se alargaría y que una vic-

toria demasiado completa de Franco resultaba poco conveniente para los intereses alemanes ya que induciría al Generalísimo a separarse de Alemania para aproximarse al Reino Unido. El protocolo Hossbach ha sido publicado en *Documents of German Foreing Policy*, serie D, vol. I, Londres-Washington, 1950, pp. 36-37.

30 Informe confidencial von Stohrer de 25 de octubre. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 388-393.

31 Sobre el relevo de Cantaluppo y sus consecuencia ver J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 291. Apoyándose en A. Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco*, p. 26, R. de La Cierva, *Franco-Don Juan, los reyes sin corona*, pp. 113-115, hace un análisis de la posición de Alfonso XIII en estos momentos: desde Roma, el monarca, que se sentía identificado con el Generalísimo al que llama «el Jefe», temía que el relevo de Cantaluppo fuese sólo precedente para rebajar la representación diplomática en España dado el hecho de que aún no se había nombrado embajador en Roma. Era uno de los motivos que inducían a poner fin a la provisionalidad de la Junta Técnica para que comenzara a existir un Ministerio de Asuntos Exteriores.

32 La explicaría más tarde en su libro *Spain resurgent. Franco frente a Hitler*, Barcelona, 1954.

33 H. Thomas, *op. cit.*, II, p. 825.

34 Según el duque de Alba la caída de Eden que se produjo poco después fue una derrota de «los elementos judaico-masónicos continentales» y muy ventajosa para España. J. Tusell, *Franco*, pp. 206-207.

35 Debemos tener en cuenta que es a partir de noviembre de 1937 cuando se registra una supeditación de Mussolini a Hitler. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 292-293.

36 *Wilhelmstrasse*, III, pp. 403-411.

37 Informe Stohrer de 17 de noviembre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 415.

38 Informe sobre «operación Montana» de 25 de noviembre de 1937 redactado en Berlín. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 415-419.

39 La nota al embajador Stohrer se cruzó con un despacho de éste en que se explicaba la oposición que los industriales bilbaínos hacían, poniendo en juego muchas influencias y recursos, a los proyectos alemanes. Para aquéllas era la HISMA un obstáculo; en realidad lo que pretendían era volver a la normalidad en las relaciones con Inglaterra. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 418-424.

40 Instrucciones de 30 de noviembre de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 426-427.

**Notas al Capítulo 29.**

1 Fernández Cuesta salvó la vida gracias a la intervención de varias personas, entre ellas Belarmino Tomas, a cuya misericordia él respondió como veremos. Prieto era opuesto al canje porque le parecía que Azcárate no tenía la misma importancia para el esfuerzo de guerra, pero acabó cediendo por la esperanza que otros manifestaron en que se produjesen graves disensiones en zona nacional. R. de La Cierva, *Historia ilustrada*, II, p. 293.

2 La relación entre Serrano y la Sección Femenina la estableció Ridruejo, cuyas hermanas eran colaboradoras de Pilar y él mismo gozaba de enorme prestigio. P. Primo de Rivera, *Recuerdo de una vida*, Madrid, 1983, p. 102.

3 J. Tusell, *Franco*, pp. 150-151.

4 Aunque el número previsto era de cincuenta personas se nombraron, en esta ocasión cuarenta y ocho. Según Stanley G. Payne, *Falange*, pp. 186-187, Franco ofreció la Secretaría General del Consejo a Serrano Suñer, que no quiso aceptar. Nada de esto se registró al parecer por escrito. Fue Raimundo Fernández Cuesta, cofundador de Falange, el primer secretario general. Algunos autores, como Coverdale, insisten en apuntar las coincidencias con el Gran Consejo Fascista, pero ya Clyde Clark, *The evolution of the Franco regime*, II, Washington, 1954, pp. 631-635, llamó la atención sobre las diferencias, a su juicio mayores que las semejanzas. El Consejo no procedía de ningún partido. Franco, en quien todos descargaran la responsabilidad de designar la primera promoción, no parece haber tenido excesivamente en cuenta sus preferencias personales; dio en el Consejo una parte propor-